

Lira (1) «este clamor, no es otra cosa que la manifestación de la maldad de los tiranos que justamente ha de castigar Dios, y la inocencia de los mártires que también ha de ser premiada». Empero pasemos á estudiar otra nueva prueba eucarística, que se encargarán de prestárnosla los Confesores de Jesucristo.

(1) Com. in Apoc.



CAPÍTULO V

La Eucaristía y los Confesores

SUMARIO

- I.—Las frases de los Confesores embellecen la Tradición de la Eucaristía.
 II.—El amor que profesaron los Confesores á Cristo Sacramentado prueba la verdad del dogma del Altar.

Semejante al firmamento tachonado de estrellas en una apacible noche de verano, se halla el cielo empíreo lleno de justos que disfrutan el gozo del Ser Eterno. Ni podía menos de ser así. Á la manera que Dios, para dar á conocer á Abraham su innumerable descendencia dijo á éste: «Mira el cielo y cuenta las estrellas si puedes» (1); así la Iglesia de Jesucristo para darnos á conocer el infinito número de santos que pueblan la Jerusalén celeste, nos dice: «Vi una grande muchedumbre que ninguno podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, que estaban en pié ante el trono, y delante del Cordero, cubiertos con vestiduras blancas y palmas en sus manos» (2); muchedumbre que era de toda condición, sexo, dignidad y oficio, porque la virtud es asequible á todos los hombres, y los preceptos de la Religión son suaves para todos cuantos desean obtener el único fin á que vinieron á este mundo. Admirable es Dios en sus santos, y lo es principalmente, porque no excluye de su complacencia á criatura alguna. No sólo los sacerdotes y religiosos, sino los que están unidos con el santo vínculo matrimonial, los potentados y los miserables, los nobles y

(1) Genes. 15, 5. (2) Apoc. V, 9.

los plebeyos, los sabios é iliteratos, los sanos y enfermos; todos pueden ser salvos y en todos puede Dios ser admirable, porque en todos ellos puede derramar sus gracias, hacer resaltar sus obras y manifestar sus prodigios. Á la verdad, no todos pueden tener el valor de los mártires, ni la austeridad de los penitentes, ni el silencio de los anacoretas, ni la paciencia de los religiosos, ni la integridad de las vírgenes, pero todos pueden cumplir los preceptos de la ley de Dios y de la Iglesia, juntamente con sus obligaciones respectivas. No todos pueden poseer el celo de los santos padres, ni la ciencia de los doctores, ni la pluma de los escritores, pero todos pueden poseer el espíritu cristiano que se contenta con amar á Dios de todo corazón, creer en su Unigénito Hijo Jesucristo y conocerle no sólo por la fe, sino por la caridad, en lo cual consiste la vida eterna.

Por esta razón, ninguno de los hombres tendrá excusa ante el Excelso, porque de su misma condición, edad, sexo y dignidad hubo otros hombres que admiraron al mundo con sus ejemplos y el olor de sus virtudes. Reyes, príncipes y nobles hay en el cielo; por eso los monarcas y magnates no podrán alegar que no pudieron ser santos. Pontífices, presbíteros y ministros gozan las delicias celestiales; por eso sus compañeros en el sacerdocio no tendrán qué responder á Dios, si acaso se pierden. Anacoretas, monjes y religiosos cantan los deíficos poemas; por eso sus semejantes en el hábito quedarán mudos si no se salvan. En ese bienaventurado Edén, triunfan gozosos legisladores, superiores, jurisperitos y médicos; por lo tanto no hallarán excusa los que de igual oficio se condenen. Agricultores, pintores, músicos, curtidores...; mozos, adultos, ancianos; ciegos, tullidos, mancos, leprosos, etc. moran en el paraíso; por eso los de idéntico estado ¿podrán acaso negar que pudieron perfeccionarse en la virtud como sus compañeros?

Todos los referidos hermanos nuestros confesaron en esta vida mortal á Cristo y á su Iglesia; amaron mucho á Dios y la Iglesia les dió el título de Confesores. Éstos son los discretos comerciantes que, habiéndoles otorgado Dios

á unos cinco talentos y á otros dos se los devolvieron doblados al fin del negocio, á los cuales respondió el Señor: «Está muy bien, (1) siervos buenos y fieles; mas porque fuisteis fieles en lo poco, yo os constituiré dueños y señores de lo mucho; entrad en el gozo de vuestro Señor». «Éstos son los varones (2) que fueron hallados sin mancha y que no anduvieron tras el oro, ni esperaron en la pecunia y los tesoros»; «son los que (3) obraron la justicia y hablaron la verdad en su corazón; son los que no profirieron la mentira y el dolo; son los que no hicieron daño á su prójimo y no admitieron la afrenta contra sus hermanos; son los que en sus ojos reputaron al malvado como nonada, glorificaron á los que temen al Señor; juraron á su prójimo y no le engañaron; son en suma, los que no dieron á usura su dinero, ni tomaron regalos contra los inocentes: por eso ahora y siempre serán felices en el cielo».

Que los confesores elogiaron al Sacramento Santísimo con sublimes testimonios, será asunto de notar en la primera parte de este capítulo; que le amaron con ardor indecible, será cuestión de exponerlo en la segunda parte.

I.—Las frases de los Confesores embellecen la Tradición de la Eucaristía.

En efecto: S. Bernardino de Sena, al hablar del augustísimo Sacramento, se expresa de esta manera: «Pues que el amorosísimo Jesús ardía en amor, entre todas las cosas que obró estupendas de su férvida caridad, admirable potestad y larga liberalidad, fué la institución del suavísimo Sacramento; esto es: de su preciosísimo Cuerpo y Sangre. Ésta es la dulce comida que libra del mal y evacua el mal presente, delectabilísima á la voluntad que la hace aprovechar en el bien; porque por ella se aumenta el mérito de la fe, crece la confiada esperanza y se inflama la caridad». (4).

«¿Quieres conseguir bienes eternos? exclama el V. Palafox: Pídelos á este Señor Sacramentado. ¿Quieres que sal-

(1) Math. XXV, 23. (2) Eccli, 31. (3) Ps. 14. (4) Serm. de Domin. Sacram.

gan de ti las pasiones y que se planten dentro de ti las virtudes? Pídelas á este Señor. ¿Quieres aumentos de gracias y dones altos de espíritu? Pídelos á este Señor. ¿Quieres tener dentro de tu pecho á Dios con toda su corte y hacer á tu pecho cielo? Pues recibe con frecuencia y con pureza á este Señor Criador del cielo y suelo. Recibe con profunda humildad al que es la misma humildad; recibe con admirable pureza al que es la misma pureza; recibe con ardiente caridad al que es la caridad misma. Lo que recibes te da, y lo que buscas, deseas y procuras, hallas en esta Fuente de todos bienes, remedio de nuestros males» (1).

«El medio más eficaz para hacerse santo, exclama S. Leonardo de Porto Mauricio, es el acercarse á menudo á la mesa de los ángeles. La Comuni6n guarda de los pecados veniales y preserva de los mortales, lo cual, aunque no se vea desde el momento que se comulga gran provecho, no importa. Comulgad, porque al menos sacaréis de bueno el no caer en cosas peores» (2).

«Oigan los hombres, oigan los ángeles, oigan tus orejas, Señor, prorrumpe con fervoroso acento el Beato Maestro Juan de Ávila, la grandeza del amor que Jesucristo, nuestra cabeza, tiene con nosotros, que por acordarse de nosotros no se mira á sí; sino que por ensalzarnos se abaja... hasta el Sacramento del Altar. ¿Queréis que sea Dios todo vuestro? Añade: sed vos todo suyo. ¿No osáis? Tan duro, ciego de vos, que teméis trocaros á vos por Dios. ¿Por qué teméis daros á Él y ofrecerlos á su voluntad? Señor, yo me doy á vos, llevadme por do quisierais, yo me ofrezco á vuestra voluntad y me entrego á vos; y si fuere menester que me desnude delante de Escribano, también lo haré. Mas dirá tu flaqueza: Si así todo me ofrezco á Dios, dirá Él: Yo quiero que te venga este trabajo ó esta afrenta, y por eso no osáis? Si por lo que vos le dáis, os da á sí mismo, ¿no os atreveríais? Pues eso es comulgar, y significado y hecho en el comulgar. Toma el sacerdote el Pan en las

(1) Año espiritual. Semana 2.^a n.º 3.

(2) Manual Sagrado.

manos y dice las palabras de la consagración: acabadas de decir, ya no hay pan, accidentes sí. ¿Quién entró allí en lugar del pan? Jesucristo. De manera que se transmudó el pan en el cuerpo de Cristo, por la transubstanciación; pues eso que pasa de fuera, se ha de obrar allá de dentro, que los sacramentos así son, pues lo que muestran de fuera obran de dentro... Cuando llegáis á comulgar, haced cuenta que vos sois el pan, que se ha de convertir en Jesucristo» (1).

«Grandes son todas las obras del Señor, exclama el doctísimo y venerable Gabriel Biel de Spira, porque además de afirmarlo las Escrituras lo confirma la experiencia, pues, ¿acaso no es grande la creación del mundo, la variedad de las criaturas y la benigna administración de todas las cosas? Sin embargo la institución de la Eucaristía sobrepuja á todas ellas. Aquel Dios Eterno nos dejó esta memoria de sus maravillas antes de partir del presente mundo; memoria la más digna, la más admirable, la más sublime de cuantas el mismo Criador puede hacernos á nosotros, que siendo polvo y ceniza, jamás lo pudiéramos merecer de ningún modo» (2).

Dice S. Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, que «entre todos los misterios de Nuestro Señor que la santa Madre Iglesia celebra, aunque todos ellos sean tan sublimes y tan altos, sin embargo el que celebra en el día del Corpus es tan alto y elevado que supera á la comprensión de toda humana inteligencia. Tanta es la dignación del sumo Dios, y tanta su caridad que resplandece en este Sacramento, que desfallece todo entendimiento; de modo, que no sólo no pueden explicarse sus grandezas con palabras, pero ni siquiera concebirlas. No existe otra divina comida más suave, más deleitable, pues es efecto del insigne amor de Jesucristo. Oid, ó hermanos, el grande amor de nuestro Dios. Creó en primer lugar al hombre de la nada y lo creó á semejanza suya; colocó en el Paraíso de delicias; puso á sus plantas todas las criaturas para que las presidiera y fueran de su

(1) De la Eucarist.

(2) Serm. II, in festo Corp. Christi

uso; pero no contento con todo esto, á los mismos ángeles, con ser tan nobles criaturas, dispuso que sirvieran á los hombres, que les guardasen y que les asistiesen durante todo el tiempo de su vida; no estaba, empero, aun Dios contento. Viendo que todas estas cosas no demostraban el amor que tenía al hombre, bajó Él mismo del cielo, se hizo hombre, y no se desdeñó de tomar las humanas enfermedades. Finalmente: viviendo en este mundo, se nos dió por compañero; muriendo en la cruz por nosotros, se nos dió por precio, y al apartarse de nuestra compañía, se nos dió en el Santísimo Sacramento sumo amor y última prueba de amor» (1).

Otro tanto añade el glorioso Taumaturgo S. Vicente Ferrer. «Entre todos los sacramentos de la Iglesia, el de la Eucaristía es el que más expresa y propiamente nos respresenta y manifiesta el amor de Cristo Señor Nuestro y su sagrada Pasión y muerte. Este Sacramento considerado como Sacrificio, tiene dos condiciones ó propiedades. La 1.^a que es verdad plena; la 2.^a, que es verdadera figura. Acerca de la 1.^a, Cristo Señor Nuestro está plena y realmente presente en la Hostia consagrada, del mismo modo que está en el cielo, aunque nuestros ojos corporales no le vean. Acerca de la 2.^a, la Pasión de Cristo se nos representa propísimamente en este Sacrificio; porque así como Cristo fué crucificado y elevado entre dos ladrones, así la Hostia consagrada es elevada con las dos manos de los sacerdotes, la diestra y la siniestra que significan los ladrones crucificados al lado de Jesús; y así como el Cuerpo de Cristo quedó blanco por la efusión de la sangre, del mismo modo se eleva la Hostia de color blanco. Finalmente; á la manera que el Salvador ofreció su Sangre al Padre en precio por todos, así el sacerdote ofrece el cáliz» (2).

«No puede permanecer en silencio, dice el V. P. Luis de Granada, aquella gracia de gracias y Sacramento de Sacramentos, por el cual quiso Dios morar en la tierra con los hombres y dárselos cada día en mantenimiento y remedio. Una vez fué ofrecido por nosotros en la Cruz, mas aquí ca-

(1) De Eucharistia. (2) Sermo II de Corp. Christi

da día se ofrece en el altar por nuestros pecados. Cada vez, dice Él, haced esto en memoria de mí. ¡Oh memorial de salud! ¡Ó sacrificio singular! Hostia agradable, pan de vida, mantenimiento suave, manjar de reyes y maná que en sí contiene toda la suavidad. ¿Quién te podrá cumplidamente alabar? ¿Quién dignamente recibir? ¿Quién con debido acatamiento venerar? Desfallece mi alma pensando en ti, no puede mi lengua hablar de ti, ni puede cuanto deseo engrandecer tus maravillas» (1).

Oígamos al V. P. Luis de la Puente. «El Sacramento de la Eucaristía es un memorial de las grandezas maravillosas de la Divinidad y Trinidad que en él están encerradas. Porque aquí está la Persona del Verbo Divino, unida cón su sacratísima humanidad, en quien, como dice S. Pablo, mora la plenitud de la divinidad corporalmente, y por consiguiente está en su compañía la Santísima Trinidad; porque no es posible apartarse una Persona de otra, por ser todas un mismo Dios, y todas las obras que en este Sacramento hace el Hijo, también las hace el Padre y el Espíritu Santo, aunque con un modo especial se atribuyen al Hijo, en cuanto sola su Persona sustenta la carne y sangre que se nos dan en manjar. De aquí es que también en este Sacramento están todas las perfecciones y atributos de Dios (2).

El Beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, en el fervoroso sermón que predicó después que se dió el decreto de expulsión de los moriscos, hablando de los beneficios que reportaría una determinación semejante, exclama... «Si hablamos de los pueblos, ¿qué bien puede ser tan grande que se compare con el que tendrán, estando reservado en la Iglesia de cada pueblo el Santísimo Sacramento? ¡Qué honra, qué autoridad, qué consuelo, qué descanso y alegría! Esto es lo que hace á las aldeas, por muy pequeñas que sean, ciudades ilustrísimas, cortes reales, no de los reyes de la tierra, sino del Rey del cielo, y sólo esto se puede estimar por su grandeza. Y así el profeta David, queriendo

(1) Símbolo de la Fe.

(2) P. 6.^a Medit. 40, Punto 1.^o